

¿Pueden salvarse las casas haciendas del valle de Lima?

Jorge ANDUJAR

El valle de Lima, formado por los ríos Chillón, Rímac y Lurín, es el más extenso de la costa peruana. Hasta la década del 40 su fisonomía general la constituyen huertas, haciendas y acequias diseminadas por doquier. La actividad económica y administrativa gira en torno a su centro histórico, trasunta de tradición en cada recodo. Sus fértiles tierras proporcionan los productos necesarios para la alimentación de sus habitantes, estableciéndose inclusive ganaderías especializadas como la de la hacienda Camacho.

Después de los 40', cual "patro sin freno" en expresión de Rubén Darío, Lima rompe sus murallas, y explosiona hacia su zona cultivable. Allí el progreso urbano tropieza con peculiares edificaciones rurales cuyo valor e importancia desconoce.

Si la expresión material de la Lima prehispánica se traduce en las innumerables huacas o adoratorios desperdigados por el valle, la Lima rural y apacible de comienzos del siglo se presenta, sin duda, en sus singulares casas haciendas.

Estas construcciones cuyas siluetas, enteras o difusas, aparecen en todo distrito de la capital, carecen del amparo de patronatos y de aquellos románticos protectores del Dameron de Pizarro. No tienen, simplemente, "quien les escriba".

Si el casco antiguo de Lima va cayendo a pesar del coro selecto de protestas; la Lima rural desaparece, inexorable, ante el silencio general de la indiferencia.

México, país con tradición cultural semejante a la nuestra, respeta y aprecia este patrimonio. El singular valor de las casas haciendas como expresión tangible de un pedazo de historia, no es el de un museo inerte. Sus recintos se convierten en activos centros de hospedaje, restaurantes o residencias privadas. ¿Es posible hacer algo similar en la capital peruana?

En Lima, de hecho, algunas notables casas haciendas se han salvado de la picota de un modernismo mal entendido. Su ejemplo, en cada caso, puede darnos la guía para un rescate exitoso. Veamos:

La casa hacienda Cueva, hermosa edificación del siglo XVIII, ubicada en Pueblo Libre, se ha destinado como museo precolombino. Alberga cientos de huacos y otros tesoros artísticos. La in-

fima comunión de belleza entre el contenido y el continente resulta inmejorable.

- Las amplias y señoriales instalaciones de la casa hacienda San Isidro, en pleno corazón del mismo distrito, se emplean como sede de un distinguido restaurante.

- La casa hacienda Huachipa -reproducción exacta de una edificación tirolesa, cerca del lecho del río Rímac y de otra antigua casona- sirve de albergue como club campestre. La casa Hacienda Villa, de igual modo, se utiliza como centro de esparcimiento.

- La casa hacienda Limatambo, de regulares dimensiones, ubicada sobre un pequeño promontorio, en plena avenida Javier Prado, funciona como oficina comercial.

- La casa hacienda Orbea, haciendo armónico conjunto con la bella iglesia colonial Santa María Magdalena y la casona del Libertador es, merced al amor al pequeño terruño de sus propietarios, morada familiar.

- La casa hacienda Villacampa, de trazo modesto, ubicada cerca de la Quinta Presa, en la zona antigua del distrito del Rímac, alberga un colegio nacional.

La lección es clara. Ora como museo, ora como restaurante, club, vivienda, colegio u oficina comercial, las casas haciendas limeñas pueden salvarse. Análogos ejemplos de conservación se encuentran en ciudades como Trujillo, Ica, Chiclayo y el Cusco.

El principal enemigo de la Lima rural es la indiferencia y desdén general en reconocer su valor. En los últimos años han desaparecido, en silencio mortal, la de Caudivilla en Carabayllo, Gallinazos a la vera del río Chillón, y hace poco, la enorme y noble edificación de dos plantas de la hacienda Aguilar, frente al hospital Carrión, en el Callao.

Lamentablemente, algunas casas haciendas corren inminente peligro de extinción. El conjunto de la hacienda PRO, en Los Olivos, tiene el tiro de gracia en los planes de extensión urbanos próximos a ejecutarse. Su vieja y recia estructura de adobe y madera, la simpática campanilla de bronce con grabados del siglo XVIII, y sus añejos árboles aún en pie, pueden caer. Acaso lo único que se respete -como Maranga y San Juan grande- sea su sencilla capilla de una nave, advocada al corazón de Jesús, en buen estado de conservación.